

Fuerza es confesar que aquella frialdad desapareció así que el Duque la enteró de lo que pasaba con respecto al rey y á Catalina.

—Ya veis, dijo ella, cuán mal hicisteis en desterrar de casa á vuestra nieta; en los tiempos que alcanzamos, señor Duque, la moral es un precepto ruinoso, y Catalina, con su desenvoltura, hubiera sido el instrumento de vuestra suprema elevacion; ahora es necesario remediar el mal que ha causado vuestra ligereza y averiguar qué vínculos la unen á ese galante seductor, al Gran Senescal; tal vez serán los del amor; pero, aunque fueran los del matrimonio, Catalina está llamada á ocupar el trono de Inglaterra y es preciso que se siente en él; ved cómo os manejaís para que así suceda, y si no podeis lograrlo, dejad el asunto por mi cuenta.

XII.

Al dia siguiente, y á eso de las cuatro de la tarde, el Duque de Norffolk entraba en el palacio real.

El rey le aguardaba con ansia, y así que le vió, despidió con una seña imperiosa á todas las personas que le rodeaban.

—¿Y bien? preguntó afanoso el rey apénas se vió sólo con el Duque.

—Ya he averiguado lo que ayer me mandó V. M., contestó el anciano,

—¿Y qué?

—La pobre niña se muere de tédio en su destierro, pero no se atreve á salir de él.

—¡No se atreve! repitió el rey estupefacto.

—No, señor.

—¿Y por qué?

—El Conde de Essex la ama, y ella...

—¡Le corresponde!

—No, señor; pero le teme.

—¡Temerle, amándola yo y llamándola á mi lado!

—A pesar de eso, le teme, señor; yo no sé qué as

pendiente ha tomado ese hombre sobre el alma de mi nieta, quien, ni aun por salvar su vida, se atreveria á disgustarle.

—De ese modo, no hay nada mejor que desterrar al Conde y traer á Catalina á vuestro lado hasta que yo disponga de su suerte.

El ambicioso anciano se inclinó humildemente.

El rey prosiguió de esta suerte, trás una breve pausa:

—Amo á Catalina, y ¡ay de aquel que ose disputármela! Esta noche es preciso que enviéis á prender en su casa al Gran Senescal: ya me han irritado, y no poco, su enojo y su oposicion cuando le hablé de Catalina; si me hubiera dicho que la amaba, quizá hubiera procedido de otro modo; pero así, es culpable de rebeldía y de traicion, y pagará esos crímenes; idos, y á la noche, que duerma en uno de los calabozos de la Torre, del que saldrá para el destierro.

.....

.....

Cerraba la noche lluviosa y fria.

Un capitan de guardias del rey, á la cabeza de algunos soldados, marchaba en silencio por las calles de Lóndres en direccion al palacio del Senescal de Inglaterra.

Llegó por fin á él, y los soldados rodearon la puerta, en tanto que el capitan llamaba con mano fuerte.

Pero nadie contestó á los sonoros golpes del aldabon.

Volvió á llamar más récio y sucedió el mismo silencio.

Entónces se asomó un mercader á la puerta de su tienda.

—Milord, dijo, es en vano que Vuestra Gracia se moleste en llamar: lord Essex ha marchado anoche.

—¿Anoche? repitió el capitan.

—Sí, señor; con todos sus servidores.

—¿Y no sabeis dónde ha ido?

—Lo ignoro.

El capitan lanzó algunas imprecaciones con voz sorda, y se volvió á palacio para dar cuenta del mal éxito de su comision.

El Conde de Essex habia, en efecto, salido de Lóndres.

Despues de su conversacion con el rey, habia pasado una noche en extremo agitada; así que rayó la aurora, llamó á todos sus servidores.

—Idos, les dijo cuando los tuvo reunidos; hasta dentro de un mes no os necesito; id á pasar este mes á donde os acomode mejor, y una carta mia os avisará del sitio en que debeis reuniros de nuevo conmigo.

Los servidores se despidieron de su amo y desaparecieron.

El Conde quedó sólo con su médico, anciano ju-

dio á quien habia redimido aquel de su esclavitud y daba albergue en su palacio.

El pobre viejo idolatraba al Conde con todo el fanatismo de su alma ardiente y agradecida.

Hacia ya muchos años que vivia á su lado, y en más de una ocasion le habia salvado la vida con su admirable ciencia.

—Rúben, le dijo el Conde, así que ambos quedaron solos: ¿conoces algun narcótico que preste un sueño con todas las apariencias de la muerte por espacio de cuarenta horas?

—Sí, mi señor, respondió el anciano hebreo. Conozco uno que produce los efectos que deseais.

—Pues le necesito.

—¡Vos! exclamó Rúben.

—Yo; necesito pasar por muerto á los ojos del rey y de la córte si he de libertarme del destierro y quizá del cadalso. La hora de la desgracia ha llegado para mí, Rúben, y tengo que vivir en tierra extraña, ó morir.

—Al ménos, señor, confio en que me dejareis partir vuestra suerte cualquiera que ella sea, ¿no es verdad? preguntó el anciano mirando con ansia á su señor.

—Sí, respondió éste: sí, pobre amigo, jamás te separarás de mí; prepárate para salir conmigo dentro de media hora, pues vamos á mi castillo.

El judío se inclinó y dejó sólo al Conde, que midió su aposento con pasos desiguales.

Hacia dos horas que no habia cesado en sus lúgubres paseos, ni en sus amargas reflexiones.

Apénas habia trascurrido media hora, entró Rúben de nuevo.

Traia en la mano una cajita de plata, de un valor admirable, y que contenia la salvacion del Conde.

El mismo anciano ensilló los caballos.

Poco despues montaron el Conde y el judío y salieron ambos de Lóndres.

La rápida carrera de los caballos no se detuvo hasta llegar delante de la solitaria cabaña que ocupaba Catalina, ni en todo el camino pronunciaron una palabra el Conde y su médico.

La puerta de la casilla estaba cerrada.

Eric y Catalina dormian aún.

Arturo llamó con redoblados golpes y la anciana abrió, por fin, asombrándose de tan temprana visita.

—¿Dónde está Catalina? preguntó en seguida el Conde.

—¿Catalina? en lo mejor de su sueño, respondió Eric; ya se acabó aquel tiempo en que se levantaba con el alba; cuando ahora sale de su cuarto, ya ha recorrido el sol la mitad de su carrera.

El Conde no oyó las últimas palabras de la anciana, porque se habia precipitado al aposento de su esposa.

Dormia la jóven en el desórden más encantador.

La luz pálida de aquella mañana de invierno pe-

netraba por los cristales de la ventana é iba á quebrarse en su blanco rostro, digno, por su pureza, de la estatuaria antigua, y en sus cabellos castaños que bajaban en luengos rizos sobre sus hombros y su pecho de alabastro.

Tenia la cabeza apoyada en uno de sus brazos, torneado y redondo, y el otro pendia fuera de la cama con el descuido de un sueño apacible y feliz.

Las ropas que la envolvian eran en extremo ricas y suntuosas, y formaban inmensas olas de seda y oro.

La alcoba, por una imprudente costumbre de Catalina, que amaba el refinamiento de los goces como una verdadera sibarita, estaba impregnada de perfumes.

Sobre una mesita habia una gran copa de plata cincelada, obra de subido precio y raro mérito, y que aún contenia el resto de una bebida que la jóven tomaba cada noche ántes de dormirse.

Del techo pendia una lámpara de plata; y así aquel rico ajuar, como los magníficos vestidos y las joyas esparcidas, y que Catalina habia llevado el dia anterior, indicaban que vivia en el seno de la esplendidez.

Arturo se sonrió con honda tristeza al ver á Catalina tan tranquila y dichosa en medio de su reposo, cuando él tenia la muerte en el alma.

Despertóla con una caricia para no asustarla, y

la jóven abrió sus grandes ojos negros sin pavor y sin alteracion alguna, del mismo modo que el pajarillo se despierta bajo los verdes árboles de la enramada.

—Catalina, dijo el Gran Senescal, levántate y vístete al instante.

—¡Ay, Dios mio! ¡Tan temprano! ¿Para qué? exclamó ella de mal humor. ¡Me acosté muy tarde!

—No importa, vístete, que vas á partir conmigo léjos de aquí.

—¿A dónde?

—No te lo puedo decir.

Esta reserva y la agitacion que se pintaba en las facciones de su marido, hicieron creer á la jóven que se trataba de llevarla á la córte, y que Arturo tenia para esto órdenes precisas del rey.

Vistióse, pues, apresuradamente, y se envolvió en un largo velo blanco.

Luego salió con su marido, que montó á caballo y la colocó á la grupa.

El viejo hebreo montó tambien, y los tres empezaron á caminar, no con direccion á Lóndres, sino tomando una travesía enteramente opuesta.

Entónces comenzó á oprimirse el corazon de la Condesa, y vió ésta destruida de repente la hermosa esperanza de entrar en la córte.

—¿A dónde vamos? preguntó á su marido con trémula voz.

—No puedo decírtelo, respondió éste; pero nada temas, porque vas conmigo.

La jóven, entre enojada y medrosa, ya no volvió á hablar una sola palabra.

Los dos hombres callaron tambien, y sólo se oía, en el silencio de las selvas que cruzaban, el ferrado paso de los caballos.

Al caer la tarde, se detuvieron á la puerta de un castillo feudal, cerrado por un ancho foso.

A través de las troneras de las torres, Catalina vió pasearse á algunos hombres de armas, de los que estaban asalariados por el Conde para guarnecer aquella especie de fortaleza.

A la vista de aquel sombrío edificio, el terror de la jóven se acrecentó infinitamente.

—¡Arturo! exclamó: ¿quereis encerrarme aquí? ¡Eso seria horrible!

—Catalina, respondió su marido, muchas castellanas jóvenes y hermosas pasan su vida en moradas como ésta y se llaman dichosas; la mujer no necesita de ruidos y de fiestas, sino del amor de los suyos y de la tranquilidad de su casa: ¿no serias tu dichosa aquí?

—¡Dichosa yo aquí! ¡En este sepulcro! gimió Catalina. ¡Oh! preferiria morir ántes mil veces! pero dime.... ¿Has pensado realmente dejarme aquí?

—No, no; tranquilízate, pobre niña, respondió el Conde sonriendo á pesar de su angustia; no pasarás aquí mucho tiempo.

Antes de que la jóven pudiera hacer nuevas preguntas, se abrió la puerta, cayó el puente levadizo, y los tres viajeros entraron en el gran pátio del castillo.

Un momento despues, Catalina oyó chirriar de nuevo las cadenas del puente, que se volvió á levantar.

En seguida resonó la fuerte puerta de encina, cerrándose trás ellos, y el silencio volvió á reinar, interrumpiéndole tan sólo el canto de los centinelas que se paseaban en la plataforma de la torre.

El Gran Senescal tomó de la mano á su esposa así que ambos se hubieron apeado del caballo que montaban, y la condujo á la cámara señorial ó de honor, donde bajo un rico y antiquísimo dosel de brocado de oro, bordado de perlas, habia dos sillones de respaldo muy alto que tenian esculpidas las armas del Conde.

Este hizo sentar á Catalina en uno de ellos, y él ocupó el inmediato.

—No tiembles, Catalina, le dijo, porque nada desagradable va á sucederte, y óyeme con atencion.

La jóven le miró asombrada de aquel acento solemne.

El Conde prosiguió:

—Nada te he dicho aún acerca de mi condicion, y ya es preciso que la conozcas: soy el Conde de Essex, Gran Senescal del reino, y hasta hace poco, uno de los favoritos del rey Enrique VIII.

—Sabia tu nombre, respondió Catalina.

—¿Quién te lo ha dicho? exclamó asombrado Arturo.

—Eric.

—Y ella, ¿cómo lo sabia?

—Su marido fué escudero de tu padre.

—¿Y por qué me lo callaste?

—Porque no me atreví á decirte nada y respeté tu incógnito.

—Conocia tu poca edad, Catalina, y quise tener oculto nuestro enlace; temeroso de la corrupcion de la córte, hice cuanto pude para no llevarte á ella; pero no por eso he dejado de conducirme siempre como un buen esposo, ¿no es cierto?

—Sí, respondió la jóven.

—Cuando supe la lijereza de tu conducta pasada— que tú me habias ocultado— empecé á ser infeliz, pero te perdoné; no obstante, despues de haber adquirido, sin buscarlas, tan fatales noticias, me afirmé en mi resolucion de no sacarte jamás de tu retiro y de ocultar nuestro enlace; debo confesarte, prosiguió el Conde con amargura, que era para mí en extremo penosa la idea de tenerme que avergonzar delante de los servidores de tu abuelo, que habian sido tus amantes; pero hubiera vivido dichoso viéndote sólo alguna vez y esperando el dia en que pudiera huir contigo á país extranjero ó en que desapareciesen de la córte los cómplices de tus faltas; el cielo ha dispuesto que suceda lo primero y es preciso que hu-yamos de Inglaterra dentro de pocas horas.

—¡Dios mio, qué oigo! exclamó Catalina conser-nada; ¡huir de Inglaterra!

—¡Sí, Catalina; no queda otro recurso para que yo pueda salvar mi vida! Oye... voy á confiar á tu prudencia, á tu amor, un terrible secreto... ¿me amas?

—¡Ah! ¿Y eso me preguntas? exclamó la jóven arrojándose en los brazos de su marido, á quien efectivamente amaba, cuando la ambicion le dejaba lugar para pensar en él.

—Pues bien, continuó el Conde estrechando ardu-rosamente á su esposa contra su pecho; me fio de tí, mi adorada Catalina; escúchame: el rey, que ya habia oido hablar de tu hermosura y deseado conocerte, te vió el dia que cazábamos en la selva, se ha prendado de tí y anhela poseerte á toda costa; á estas horas está ya dada la orden para prenderme, porque nuestro casamiento estará descubierto por uno de tantos expías como el monarca tiene en su derredor. Sí, Catalina, me sepultarán en una prision, de la que no saldré sino para la plataforma de la torre, para separar de mis hombros la cabeza.

—Pero, ¿por qué, Dios mio? ¿Por qué? gritó sollozando Catalina.

—Porque es preciso que tú quedes libre; el rey me conoce y sabe que moriré defendiendo tu honor que ya es el mio; oye, pues, lo que es indispensable hacer; mi médico Ruben está aquí... es el anciano que nos ha acompañado.

—¿Y bien?..

—Trae consigo una bebida que va á preparar y que yo tomaré al instante... Es un narcótico que por espacio de algunas horas me dará la apariencia de un cadáver; así que me veas completamente privado de sentido, envía un expreso á tu abuelo participándole mi muerte.

—¡Tu muerte!

—¡Sí! Yo debo morir para todos, ménos para Dios, para tí y para Rúben; así que se hayan convencido de mi fallecimiento y hayan tomado acta de él, harás que me bajen al panteon del castillo... Es el de mi familia y allí está preparado mi sepulcro.

—¿Y despues? preguntó Catalina, que miraba á su marido pálida y agitada, retratándose en sus ojos el terror más profundo.

—Tomá esta llave, prosiguió Arturo, y oye lo que deberá suceder despues.

Catalina tomó una llave que le presentó el Conde.

Este prosiguió:

—Me encerrarán en mi tumba y depositarán la llave en la Cancillería del reino; pero tu abrirás con esa otra mañana por la noche, á las diez... No tardes un instante más... ¿entiendes bien, Catalina?.. A las diez... porque si despertase hallándome sólo en mi sepulcro... la desesperacion me mataria.

—¡Oh, sí... sí, estaré allí! exclamó Catalina estrechando las manos de su marido con una angustia

verdadera, con un dolor inexplicable; mejor dicho, me situaré al lado de tu sepulcro y no le abandonaré más que en los instantes en que pudiera infundir sospechas... ¡Dios mio! Tiemblo al pensar en esa lúgubre ficción!

—¿Por qué, mi buena y amada Catalina? dijo Arturo tiernamente; para tí sólo estaré dormido... ¿Qué importa que muera para todos los demás? Tú serás mi ángel salvador. Pero no perdamos tiempo porque el rey puede enviar de un instante á otro á perseguirme... á prenderme quizá!

Media hora despues, el Conde, sentado en un taburete á los piés de Catalina, acababa de adormecerse con todos los sintomas desoladores de la muerte.

Sentada la jóven en un sitial, sostenia en su regazo la cabeza del Conde, que caia en su letargo con los ojos fijos en el hermoso semblante de su esposa.

A pocos pasos de distancia, el judío observaba al Conde con las manos cruzadas sobre su hopalanda oscura.

Cuando vió cerrados sus ojos, lívido su semblante y rígidos sus miembros, se acercó á una ventana y la abrió.

Una ráfaga de aire frio y el ruido de un espumoso torrente, que se despeñaba al pié de los muros del castillo, llegaron hasta Catalina.

Rúben tomó la copa de plata en que había administrado el narcótico al Conde, y la arrojó á la cascada.

Luego volvió á cerrar la ventana y dijo á la Condesa con voz agitada:

—Señora, yo cuidaré del lecho de honor; vuestra gracia envíe en seguida un mensajero á la corte.

Dichas estas palabras, sostuvo el cuerpo inanimado del Conde, mientras los criados preparaban el lecho de honor en la cámara señorial.

Catalina envió un expreso á su abuelo, quien tardó muy poco en llegar, acompañado de una comision de la cámara Estrellada y del Gran Canciller del reino, que debian dar fé de la muerte del Conde, como alto dignatario del Estado.

Arturo dormia en su lecho de honor un sueño del todo semejante al sueño eterno: vestia sus hábitos de Gran Senescal, su manto y su corona de Conde soberano.

Aun bajo la lividez de la muerte era hermosa y noble su fisonomía; al verla, se recordaban involuntariamente las pasiones que habia inspirado, y sobre todo la que sintió por él Margarita de Navarra, la hermana del rey de Francia Francisco I.

Cuatro hombres de armas guardaban el lecho, y á los piés lloraba Catalina, cubierta de luto.

Cumplido su deber, salieron las comisiones del Estado, y el Duque de Norffolk, que quiso acompañar

á su nieta, se retiró á una de las habitaciones del castillo.

Eran las cuatro de la tarde.

Una hora despues, los enviados se hallaban en la capilla del castillo y rodeaban el panteon.

El cuerpo del Conde fué envuelto en un lienzo blanco que se echó sobre todas sus insignias, y conducido al panteon en hombros de sus gentes de armas.

Se le acostó en su lecho de piedra; los sacerdotes rezaron sus últimas preces; cerróse el sepulcro por la mano del Canciller, que guardó la llave, y se extendió el acta de la fúnebre ceremonia.

En seguida salieron las comisiones del Estado, y Arturo quedó á merced de la lealtad y del amor de su esposa.

XIV.

Daban las nueve en el reloj del castillo cuando Catalina, provista de una pequeña lámpara de bronce que llevaba en la mano, bajaba al panteon situado detrás de la capilla.

Las cinco de la tarde serian cuando se habian retirado todos, y sólo cuatro horas más tarde era cuando recordaba que su marido dormia en su lecho mortuario, viéndola quizá entre las nieblas de su pensamiento.

No era, sin embargo, suya toda la culpa.

Su abuelo, el Duque de Norffolk, la habia detenido en su habitacion con un coloquio muy interesante: le habia hablado del amor del rey, —*que estaba sin esposa*,— por haber repudiado á Ana de Cleves; del suntuoso aparato de que una reina está cercada; de joyas, de carrozas, de poder, de tantas cosas, en fin, que el débil cerebro de Catalina se trastornó y la hizo olvidar de que una tumba la esperaba para abrirse ante ella, y devolverle á su esposo.

—Vé á tu cuarto, hija mia, concluyó su abuelo; el